

Touggourt, martes a mediodía, 31 de julio de 1900

Estoy sentada en el comedor casi a oscuras para huir de las innumerables moscas de mi cuarto.

Esta tarde, si el negociado árabe no se opone a ello, saldré hacia El Oued, donde intentaré establecer mis penates.

Bien mirado, allí será mucho menor el riesgo en cuestiones de salud que en Ouargla. Me alegra constatar que el agobiante calor del desierto no me afecta demasiado. Todavía no me encuentro del todo en mi estado normal, debido a la fatiga del viaje y a los insomnios recientes, pero puedo trabajar y pensar. Desde hoy empiezo a recuperarme. Y no estaré totalmente bien hasta que me instale en El Oued, donde me envuelva la calma.

También empiezo a agudizar el sentido de la economía, con la fuerza de voluntad necesaria para no malgastar inútilmente el poco dinero que me queda.

Tampoco he de olvidar que he venido al desierto no para entregarme al dulce farniente del año pasado, sino para trabajar, ya que este viaje puede convertirse en un tremendo naufragio de todo mi futuro o, por el contrario, en un encauzamiento definitivo de mi salud tanto material como moral, depende de cómo sepa yo arreglármelas.

De Argel, en conjunto, de la primera a la última noche, guardo para siempre un recuerdo encantador.

La última noche fui con Mokhtar y con Abd-el-Keim Oulid-Aissa a la tienda de un vendedor de tabaco de la plazuela Saulières. Después de una conversación bastante animada, dimos un paseo melancólico por los muelles Ben Elimaur, Mokhtar y Zarrouk, el

estudiante de medicina, cantaban suavemente nostálgicas cantinelas argelinas.

He tenido un puñado de instantes de vida intensa, de vida completamente oriental, en Argel.

El largo viaje en tercera, casi rozándome con ese juvenil y simpático Mokhtar, tuvo también su encanto.

Dije, tal vez por mucho tiempo, adiós al azul del mar...

Luego fuimos a la Kabilia salvaje, a los peñones abruptos. Allí, más allá de las colinas grisáceas de las Puertas de Hierro, la desolación de las altas mesetas arcillosas, vagamente doradas por los campos que los árabes siegan muy por arriba —largas manchas de plata y oro sobre las sanguinas y los ocre de la tierra—.

En Bordj-bou-Areridj, la llanura ofrece uno de los espectáculos de mayor tristeza melancólica y desesperada que jamás pueda verse.

Saint-Arnaud se parece a Batna: un pueblo grande perdido entre las mesetas de la región de Cheoniya Saint-Arnaud, en árabe Elelma, posee, sin embargo, más verdura, sus jardines recuerdan a los de la colonia Randon, en Bône.

El Cadi es un noble y tranquilo viejecito de otras épocas...

¡Ay! ¿Los jóvenes argelinos de hoy, dentro de diez, veinte años, se parecerán a sus padres, marcados por la solemne serenidad de la inquebrantable fe islámica? De primeras, su hijo, Si-Alí, tiene aspecto embotado y torpe. Sin embargo, es un hombre inteligente que no manifiesta indiferencia hacia las cosas públicas. Si-Ahsenn, de origen turco, cautiva por su franqueza.

La primera noche que pasé en Elelma tuve una fuerte impresión muy dulce de lo que es la vieja África del país beduino: a lo lejos, los perros ladraron durante toda la noche y se oyó el canto del gallo. Serenidad, suave melancolía y despreocupación.

Volví a sentir luego, igual que ya lo había sentido antaño, de camino entre Biskra y Touggourt, esa maravillosa conmoción, fascinante, del alba en el desierto... En Bir Sthil, ayer, cuando el viejo guardián nos invitó a café, y esta mañana, en El Moggar, cuando, sentada junto al fuego, preparaba el desayuno.

La noche pasada, a eso de las dos, crucé el oasis lúgubre de Ourlana: grandes jardines tapiados por muros de adobe con las marcas del salitre, la humedad y la fiebre...

Todas las casas de tob ocre dormían en un extraño sueño...

Y luego, Sidi Amram, echada en tierra, la hoguera de djérid secos, la arena caliente, la luz de las estrellas infinitas...

¡Oh Sahara, Sahara amenazador, ocultas tu preciosa alma negra en tus soledades inhóspitas y entristecidas!

Sí, amo este país de arena y piedras, este país de camellos y hombres primitivos, este país de lagos salados y de dunas peligrosas.

Ayer por la tarde, entre Mraïer y El Berd, vi extraños fetiches con siluetas de vagas formas humanas adornados de oropeles rojos y blancos: allí, hace unos pocos años, fue asesinado un musulmán. Esa especie de monumento salvaje está erigido en recuerdo de la sangre de aquel hombre, que fue enterrado en Touggourt.

Isabelle Eberhardt, *Diarios de una nómada apasionada*.